

## LA ACTUALIDAD DE LA MEDICINA PSICOSOMÁTICA

De estas dos obras (\*), la monografía de Laín Entralgo fué escrita con el propósito de formar un capítulo del libro de Rof. La extensión, mayor que la prevista, ha obligado a editarlo aparte; pero aquel propósito inicial permite que examinemos ambos libros bajo la misma rúbrica.

El éxito que ha obtenido la patología psicosomática es indudable. Yo no sé por qué algunos internistas se resisten a reconocerlo y hablan de un coeficiente de peligrosidad en ella, cuando realmente su misión principal es evitar la peligrosidad de la Medicina considerada como pura ciencia natural. El hecho es para mí evidente: si la Medicina es sólo ciencia natural, seguirá—y así ha sido—el proceso evolutivo de la misma, y éste aboca indefectiblemente a la técnica. Cada vez tiene más importancia la técnica en Medicina. Tanta, que algunas especialidades deben su origen a la necesidad de poseer técnicas especiales. La técnica posee siempre una punta peligrosa. Cuanto más pura y más poderosa, mayor peligrosidad. Esta se recubre en varias formas: no se trata sólo de una peligrosidad para el enfermo, sino también para la comunidad en que vive. Los aspectos negativos del Seguro de Enfermedad nacen de calcular todo su mecanismo como la aplicación de una gigantesca técnica. Walshe se lamentaba no hace mucho, en una conferencia, de los metros—casi kilómetros—innesarios de película radiográfica que se imprimen. El desbarajuste económico es considerable. El cultivo de la Medicina como pura técnica lleva al desinterés por el «caso clínico» cuando la técnica fracasa. En la técnica se esconde siempre un adarme de crueldad.

Por eso la Medicina ha sido siempre algo más que técnica y que ciencia natural. La clínica médica ha rebasado siempre el área de la psicopatología. El clínico puede creer que con ese peculiar matiz—el viejo arte médico—que la clínica ha poseído, basta. Pero el problema parte precisamente de este punto: que lo que bastó en otros tiempos ahora no basta. El crecimiento hipertrófico de la técnica impone, de tal suerte, una actitud, que el médico corre el grave peligro de ignorar lo que es la medula de su misión. La patología psicosomática, más que encerrar un peligro, lo que hace es evitar una catástrofe.

El peligro que se atribuye a la patología psicosomática es bien vulgar: que por atender la vertiente psíquica de la enfermedad se descuidan los principios y técnicas diagnósticas somáticas, y pasa desapercibida una enfermedad orgánica subyacente. Este peligro es poco frecuente y frente a él no hay más que aplicar un sencillo remedio: escrupulosidad en la exploración del enfermo. Pero más veces se salvará de este peligro el patólogo psicosomático, que caerá en él. Un enfermo que se queja, que sufre, es explorado cuidadosamente: ríos de análisis, kilómetros de radiogra-

(\*) PEDRO LAÍN ENTRALGO: *Introducción histórica al estudio de la patología psicosomática*. Ediciones Paz Montalvo. Madrid, 1950. JUAN ROF CARBALLO: *Patología psicosomática*. Segunda edición. Editorial Paz Montalvo. Madrid, 1950.

fías, tubos que penetran por todos los conductos naturales y artificiales: nada. Y, sin embargo, el enfermo sigue sufriendo. El patólogo somático puro considerará terminada su misión; el psicossomático buscará interpretar su sufrimiento a través de una crisis vital. Seguirá estudiando al enfermo, seguirá ocupándose de él, con lo que, si en el curso ulterior aparece un síntoma de cualquier enfermedad ominosa, inmediatamente lo aprehenderá. Otras muchas situaciones análogas podríamos dibujar. En resumen: en la patología psicossomática no se trata de una competencia de jurisdicción, sino de una nueva actitud que debe tener el médico ante el hombre enfermo.

La publicación del libro de Rof, en su primera edición, motivó comentarios desfavorables, no sobre el libro en sí—que todo el mundo reconoció excelente—, sino sobre el efecto pernicioso que podría producir en los clínicos en formación. Comentarios frente a los que ha salido Rof mismo en el prólogo de su libro *El hombre a prueba*, y frente a los cuales he escrito las líneas anteriores. El hecho mismo de que se entable polémica en torno a este asunto muestra su vivacidad.

Laín hace una magistral exposición de la historia de la patología psicossomática, como él solo podría hacerla. Esta historia se halla pilotada, en el fondo, por dos modos de acercarse a la enfermedad, uno de los cuales germinó en forma muy primaria en la cultura asirio-babilónica. He aquí la plegaria del enfermo de Assur: «Me ha alcanzado la impureza. Para que juzgues mi causa, para que tomes decisión acerca de mí, me he prosternado ante ti. Juzga mi causa, decide sobre mí; extirpa la maligna enfermedad de mi cuerpo, destruye todo mal en mi carne y en mis músculos. ¡Que el mal de mi cuerpo, de mi carne y de mis músculos huya de mí y que yo pueda ver la luz!» La enfermedad para los asirios fué pecado, impureza moral. La condición posterior parece que tiene su objetivo principal en destruir esta creencia tan errónea a la luz de la ciencia. La enfermedad es un proceso natural que no tiene nada que ver con la conducta moral. Es sugestivo el enlace que establece Laín entre esta idea asiria de la enfermedad y Freud; porque Freud procede de la ciencia natural y en ella quiso mantenerse todo el tiempo. Y, sin embargo, por extraña paradoja, vuelve a revitalizarse la idea que relaciona enfermedad y pecado. Antes que Freud habían planteado claramente el problema para la enfermedad mental Heintze y Ideler; en la patología posterior no tuvieron ninguna influencia. Freud, en cambio, que no lo plantea, que se sitúa en un confín lejano a un posible planteamiento, arrastra a pensar en él. ¿No es esto una extraña paradoja? La paradoja encuentra su clave en el siguiente hecho: Freud vuelve la vista hacia la intimidad, y en la intimidad se halla siempre, quiérase o no, la vivencia de la decisión personal en las cosas de la vida y, por tanto, del posible pecado.

En la Medicina griega se cruzan las dos tendencias: hay una Medicina fisiológica y otra no fisiológica o esencial, de la cual son muestra las curaciones en los cultos orgiásticos de Dionysos, la mántica y la catarsis, y que se encuentra reflejada en el fragmento del diálogo platónico que podría figurar al frente de todo libro de patología psicossomá-

tica, como hizo Schwartz en el suyo: «pero Zamolxis, nuestro rey, que es un dios, dice que así como no debe procederse a curar los ojos sin curar la cabeza, ni la cabeza sin curar todo el cuerpo, ni tampoco el cuerpo, sin curar el alma. Y ésta sería la causa por la cual, entre los griegos, se sustrae del alcance de los médicos la mayor parte de las enfermedades: desconocen éstos, en efecto, el todo hacia el cual debería dirigirse su cuidado y con cuyo malestar no es posible el bienestar de parte alguna. Pues todo lo bueno y lo malo para el cuerpo y para el hombre entero procede del alma y desde ella fluye, así como los ojos proceden de la cabeza. Ella, pues, debe ser tratada en primer término y con la máxima solicitud, para que se hallen bien la cabeza y todo el cuerpo. Pero al alma, buen amigo, hay que tratarla mediante ciertos conjuros (*epôdai*).»

La Medicina galénica se mantiene en el plano de la «*physis*» e incluso quiere desbordarlo considerando los pecados como enfermedades. La Medicina cristiana encuentra en este punto la fórmula sabia separando debidamente enfermedad y pecado. Laín estudia minuciosamente la idea de la enfermedad en la Medicina cristiana como preparación para una de las afirmaciones más sorprendentes de su libro: «La obra de Freud ha recogido la oculta razón de ser del abusivo personalismo en que incurrió la concepción antigua y ha realizado alguna de las posibilidades ofrecidas por el Cristianismo primitivo a la inteligencia y a la operación del médico.» El transvase se hace a través de la posible acción del pecado sobre la *physis* «en cuanto su comisión habitual engendra una diátesis en la vida anímica y de la enfermedad física sobre la vida moral, en cuanto esa enfermedad o pathos es sufrida y dotada de ulterior sentido por un supuesto personal».

De este modo llega a plantearse históricamente el problema de la patología psicosomática, que en la actualidad se alimenta de las siguientes direcciones: la psicoanalítica, no limitada a las neurosis, sino transportada a las enfermedades orgánicas; la americana, mezcla de psicología dinámica, psicoanálisis y conductismo, y la biográfica, que es la obra de la escuela de Heidelberg.

De todas ellas se ocupa Rof en su voluminoso libro. Hay en él una parte general y una parte especial, dedicada esta última a la patología psicosomática de los diferentes aparatos y sistemas. El libro puede y debe considerarse como la más completa exposición de la patología psicosomática que existe en la bibliografía mundial; por ello podemos apoyarnos en él para ver qué es lo que ha logrado la patología psicosomática hasta el presente y qué es lo que le queda por desarrollar.

La patología psicosomática ha fecundado la patología funcional. El título y los primeros trabajos fundamentales proceden de la escuela de Bergmann; pero después, incluso sin clara conciencia de ellos, se han publicado muchos trabajos que se hallan insuflados por el mismo espíritu. En el libro de Rof se encuentran constantes referencias a trabajos, hallazgos y publicaciones que son bellas muestras de patología funcional más que de patología psicosomática; por ejemplo, los trabajos sobre el dolor, sobre el estómago irritable, etc. En este sentido la patología psico-

somática ha cumplido un gran papel. No puede hacerse buena patología psicosomática sin conocer a fondo los problemas y los hallazgos de la patología funcional.

Un segundo punto a anotar es el siguiente: la patología psicosomática se halla recargada de hipótesis y de interpretaciones; pero esta sobrecarga se halla más acentuada del lado somático que del psíquico. En el libro de Rof se hallan unos capítulos magníficos destinados a exponer las bases anatomofisiológicas de la personalidad. Muchos trabajos de patología psicosomática evitan plantearse el problema de la relación cuerpo-alma porque lo consideran viejo y periclitado. Decapitan, sin saberlo, el núcleo mismo de la patología psicosomática y tal pecado les arrastra, indefectiblemente, a una tremenda penitencia: por no pensar sobre una cuestión, teorizan, sin fundamento, sobre todas las demás. No es una auténtica patología psicosomática la que se evade de esas cuestiones principales. Cuando pasen los años, ¿qué quedará de todos esos trabajos? Hay una verdadera mitología de las relaciones psicosomáticas, como antes hubo una verdadera mitología cerebral. Si el cerebro no segrega pensamiento, tampoco el sistema vegetativo segrega emoción ni mucho menos personalidad. Estas reflexiones no se refieren, naturalmente, a las tesis que refleja el mismo Rof en su libro. Su punto de vista es, ciertamente, más amplio. Pero si antes he defendido la patología psicosomática de una peligrosidad mostrenca, ahora he querido señalar en qué radica su verdadero peligro.

El mismo temor al reproche de teorizar impide la realización de la necesidad más urgente de la patología psicosomática: la de lograr una unidad de formulación. Cada autor que se encuentra ante un fenómeno que cree nuevo, o que aborda una determinada correlación psicosomática con un nuevo método experimental, construye sobre ello su teoría. ¿Cuántas doctrinas existen sobre las neurosis? Rof ha realizado un titánico esfuerzo al intentar ofrecer un panorama completo en la parte general de su libro. He aquí los enunciados de sus capítulos: «Teorías de las neurosis: neurobioquímica, neuropatológicas, reflexológicas.» «Simbólica del subconsciente según Freud y Jung». «Caracterología (Kretschmer, Jausch, Jung, Spranger, Klages)». «Análisis factorial (Szondi, Adler, Kunke, Kahn)». «Biología de los instintos». «Dinámica psicoanalítica». «Neurosis experimentales». «Histeria, neurosis de guerra y reacción de defensa». «El sí mismo». «Bases neurológicas de la personalidad», etc. Cada capítulo se despliega a su vez en una serie de epígrafes que demuestran las miríadas de datos, hechos y teorías en torno a la personalidad y a la neurosis. Rof permanece fiel en la exposición al pensamiento de cada autor citado, que muchas veces resume en pocas líneas en una exposición lograda. En el fondo muestra una especial atracción por las tesis de Jung, que realmente tratan de lograr en profundidad lo que otros en superficie. El capítulo sobre el «sí mismo» está cuidado con especial cariño. En el mismo se ve un ejemplo del peligro babélico de la patología psicosomática. En los trabajos de Murphy, a los que Rof concede tanta atención, el «sí mismo» es una especie de imagen de uno mismo; es decir, una idea algo más amplia que la del esquema corporal de Schilder. El sí-mismo junguía-

no, en cambio, como muy bien hace notar el autor, no tiene que ver nada con esa idea. El sí mismo es la totalidad psíquica, la unión del inconsciente con el consciente. Esta afirmación de Jung, ¿es una nueva concepción esotérica como fueron muchas? Recientemente he leído una crítica de Gruhle que dismantela el simbolismo junguiano con la misma violencia con que Bumke dismanteló el simbolismo freudiano. ¿Cómo lañar el «sí mismo» de Jung con un problema concreto de patología psicosomática?

La parte descriptiva de la obra de Rof es un admirable centón de datos y de conocimientos, expuestos con fluidez y claridad. Su lectura resulta extraordinariamente útil y sugestiva. No es posible formularla de otra manera que con esta alusión general, sobre todo habida cuenta del carácter de esta revista. Existen unos capítulos sobre patología psicosomática en la infancia, en otorrinolaringología y en odontología (¿y por qué no en neurología?), debidos a la colaboración de los doctores Jaso, Alonso Tena, Gómez Orbaneja y Sáenz de la Calzada. Quien repase la patología psicosomática del aparato digestivo o del urogenital se convencerá de cuánta importancia tiene en la Medicina cotidiana.

En todos los capítulos de la patología descriptiva, y especialmente en los capítulos finales del libro, se plantean cuestiones terapéuticas. La terapéutica es, hasta cierto punto, la justificación inmediata de la patología psicosomática, porque demuestra que su origen se halla, no tanto en una voluntad de conocer como en una voluntad de ayudar. Pero hay un «modo» fundamental, que es conocer las neurosis, y ya en la parte general se ha expuesto gran número de doctrinas sobre ellas. Lo que dice Rof de la psicoterapia es justo y equilibrado. «Sería ingenuo pensar que por haber descubierto los mecanismos psicógenos de una afección ésta queda ya accesible a la psicoterapia. O bien: que si por el momento no es ésta eficaz se deba a una insuficiencia técnica. Es cierto que las técnicas psicoterápicas todavía se establecen de una manera semiempírica, sin una adecuada sistematización, y sólo desde hace poco tiempo comienzan a estudiarse críticamente sus resultados.»

En el epígrafe final, «sentido y futuro de la patología psicosomática», anuda Rof su pensamiento con el de Laín, encontrando, en la aspiración hacia el futuro, la suprema unidad entre lo que históricamente ha sido y lo que actualmente es la patología psicosomática. Ambos recurren a la autoridad de Siebeck para señalar uno de sus peligros fundamentales.

Hay en el fondo de la patología psicosomática, una profunda paradoja; porque si ella ha de triunfar se ha de convertir en una Medicina antropológica, y si quiere llegar a ello ha de correr el riesgo de las grandes interpretaciones. En las palabras de Siebeck se dibuja el fantasma de von Weizsäcker. Hay un peligro en su genialidad somática. El mismo poder de seducción de algunas de las ideas le convierten en una especie de Mesmer del pensamiento psicosomático. Evidentemente, es un gran peligro, pero quien no corre un riesgo no vive. El otro gran peligro, no menor a mi modo de ver, viene del frente opuesto: la dispersión babélica. Yo no creo, en contra de lo que dice Rof, que la dispersión sea ga-